

IX.

Durante este tiempo, el pequeño *groom* encargado de seguir á Lucía había vuelto á conducir el caballo á la cuadra, y se presentaba algunos minutos después en casa del conde de Orchamps.

—¿Qué hay? (le dijo el Conde en el momento que le vió.) ¿Has averiguado alguna cosa?

—Sí, señor Conde.

—Cuéntalo, pues.

—Seguí el carruaje hasta *Ville d'Auvray*, en que se detuvo, y bajó una señora, que continuó el camino á pie, sin duda para que el cochero no se enterara de adónde iba.

—Es probable. ¿Y después?

—Después, con el objeto de llamar menos la atención, pagué á uno para que me tuviera el caballo, lo cual me costó tres francos.

—¡Tres francos por tener un caballo! ¡Diablo! ¡qué generoso eres! Tómalos para que te animes; acaba tu relato.

—Fuí detrás de la señora (continuó el *groom*), y después de un cuarto de hora entró en una casa próxima al camino.

—¿Te fijaste en sus señas?

—Sí; avenida de *Marnes*, número 5.

—¿Y después?

—¿Cómo después?

—Sí. ¿Qué hiciste después?

—Ya no había nada que hacer. El señor Conde me encargó que averiguara dónde se detenía el carruaje; pero yo he supuesto que vos querríais hablar de la persona que iba dentro de él. He seguido, pues, á la señora, y ya he tenido el honor de daros las señas de la casa en que se ha detenido.

—Tienes razón (replicó el Conde). Toma; ahí tienes el luís prometido: acaba pronto de metértele en el bolsillo. Ahora bien: si deseas ver seguir á este luís tan bonito que brilla sobre la chimenea, el mismo camino que ese otro, cuéntame lo que aún no me has contado. Me pareces demasiado listo ó inteligente para haberte detenido en tan buen camino.

—El señor Conde me hace justicia: voy á continuar. Cuando la puerta se cerró, inventé un medio de ver lo que pasaba en la casa. Por

fortuna, está aislada y separada de todas las habitaciones por un terreno bastante grande, en el cual, y casi unido al muro del jardín, hay un árbol; me subí á él, y escondido entre sus ramas, vi todo lo que pasaba en el interior.

—Y bien: ¿qué es lo que viste?

—Vi á la señora, que se paseaba con una niña. Vi que ésta la arrastraba hacia un cuadro del jardín cubierto de flores, y oí que la decía: «Ven, mamá; ven por aquí, que quiero hacerte un ramo.»

—¿Estás bien seguro de haber oído á la niña llamarle mamá?

—¡Ya lo creo que lo estoy! Y, además, oí también á la señora decir varias veces: «¡Hija mía, hija querida!

—¡Es raro! (se dijo á sí mismo *Orchamps*).

¿Por qué se esconderá?

Y dirigiéndose al *groom*, le preguntó:

—¿No sabes nada más?

—No, señor; ahora sí que os lo he dicho ya todo.

El Conde reflexionó un instante, al mismo tiempo que con los dedos daba vueltas á un cigarro.

—¿Está el señor satisfecho de mí?

—Psch... Lo que acabas de decirme no tiene importancia ninguna.

—¡Diantre! ¿Qué culpa tengo yo de eso? Si hubiera visto otra cosa, otra cosa hubiera dicho al señor.

—Tienes razón, y ve ahí tu segundo luís, no por lo que has averiguado, que nada vale, pero sí por tu buena voluntad. Ya no te necesito; puedes marcharte; pero trata de no volver borracho á casa de tu principal, porque te pondría á la puerta de la calle, y si alguna vez me hicieras falta, no podría hallarte.

—Esté tranquilo el señor (dijo Toby, retirándose): no beberé más que un trago á vuestra salud.

Cuando Orchamps se encontró solo, no ocultó la satisfacción que experimentaba.

—De suerte (se decía mientras paseaba), que no me había equivocado al pensar que Leona tenía un secreto. Decididamente tengo un talento particular para descubrir estas cosas. Tiene una hija, y la esconde á todas las miradas. ¿Qué objeto se propone al guardar ese misterio? No lo sé; pero es evidente que debe haber un motivo, porque nadie se esconde sin poderosas razones. Pero si es ventajoso conocer un secreto, es también indispensable que la persona interesada sepa quién le ha descubierto. De otra manera, no podría sacar ningún provecho, y yo no pienso que mis desembolsos de hoy sean inútiles, sino que, por el contrario, quiero sacarles un interés de usurero. Es necesario inventar una manera delicada y original, para hacerla saber que desde hoy debe contar con un enemigo.

Después de haber buscado durante algunos minutos una inspiración, mientras continuaba su paseo, se sentó repentinamente ante su buró, y escribió una carta que guardó cuidadosamente en el bolsillo, después de haberla metido en un sobre.

Inmediatamente llamó para hacerse vestir, y salió.

Al entrar en su casa Lucía Aubré, encontró á Desobry extendido cuan largo era sobre un diván, con la cabeza apoyada en varios cojines y fumando un cigarro, distrayéndose en mirar las caprichosas ondulaciones producidas por las numerosas nubes blancas que, saliendo de su boca, iban llenando el salón.

—¡Está bien! ¿Pues no véis que estáis haciendo de este cuarto un salón de fumar?—dijo Leona, tratando de parecer incomodada.

—Querida niña (respondió Desobry, poco turbado por aquella pregunta y sin cambiar de postura); de seguro que os hubiera parecido mal que me hubiese marchado. Pues bien: sólo el cigarro ha podido darme paciencia para permanecer aquí sin vos cerca de una hora.

—Tenéis razón, y ya estáis perdonado. ¿Qué contáis de nuevo?

—Nada....; digo mal: que tenéis un color hermosísimo. ¿Venís de tiendas?

—No, vengo del campo.

—Siempre estáis haciendo esas excursiones clandestinas.

—Siempre.

—Si fuera curioso, desearía saber adónde ibais.

—Pero como no lo sois...

—No; gracias á Dios, no lo soy.

—Respetáis, por lo visto, los secretos de los demás.

—No tiene gran mérito eso en mí. Encuentro muy pesado ocuparme de los míos, y ya podéis figuraros que no iba á tener mucho gusto en mezclarme en los de los demás.

—Vuestros defectos tienen su lado bueno.

—Por lo menos, mi pereza.... Esto os reconcilia con ella, ¿no es eso?

—Sí, desde luego.

—Pienso (dijo de repente Desobry), que vine á vuestra casa con un objeto.

—Ya lo creo; con el de verme.

—Sí; pero tenía, además, que deciros una cosa.... ¡Ah! Ya recuerdo. Venía á invitaros al baile de Palmira.

—Gracias.... No quiero ir.

—¿Por qué?

—No tengo humor para ir á bailes.... Á pro-

pósito: voy á rogaros que me deis unos datos.... ¿Conocéis á un tal Dubrenil?

—Conozco varias personas de ese nombre.

—Hablo del que es banquero.

—¡Ah! Ya sé quién decís.

—¿Y qué sabéis de él?

—Que es un banquero de buena fe, como hay pocos en la actualidad. Sigue las tradiciones de nuestros padres, que se fijaban un rédito razonable para hacer fortuna, é iban poco á poco, con perseverancia, tendiendo á ello. No se arriesga en negocios de gran consideración; pero los que emprende, los medita largamente, y son buenos por sí mismos, y sobre todo los hace con una honradez intachable. Es claro que de esta manera no puede llegar á ser rico, millonario; pero en cambio tampoco corre el riesgo de perder de una sola vez lo que con tanto trabajo ha adquirido.

—Lo que me decís no concuerda mucho con los datos que yo tengo.... Se dice que está muy apurado.

—¡Muy apurado!.... Es posible; pero es por un accidente imprevisto: ha sido víctima de un robo bastante considerable. Su casa ha tenido crédito hasta ahora; pero sin duda después de ese robo se ha visto obligado á hacer grandes sacrificios, y por eso se verá comprometido.... Es una desgracia imprevista é independiente de

sus negocios, que en nada destruye su bien adquirida reputación. Puedo daros muchos detalles acerca de ese señor, si tenéis en ello gran interés.

—Sí, sí le tengo; ¿y cómo pensáis adquirirlos?

—El señor Dubreuil ha tenido un empleado que hace largo tiempo trata de obtener una plaza en casa de uno cualquiera de los banqueros amigos míos. Con la esperanza de que le recomiende (de lo cual me guardaría muy bien), me dirá, si así lo deseo, todo lo que pasa en casa del señor Dubreuil.

—Os doy las gracias, y os lo agradezco infinito. ¿Qué día podréis darme esas noticias?

—Mañana.

—¿Vendréis aquí á dármelas?

—No.

—¿Dónde, pues?

—En el baile de Palmira.

—Ya os he dicho que no pensaba ir.

—Sí, iréis por complacerme, y para que os dé las noticias que me habéis pedido.

—Sois muy poco delicado, mi buen Desobry (le dijo sonriendo), puesto que exigís como precio de vuestros servicios el que vaya al baile.

—Confesad que el precio no es muy caro: ¡ir á un baile para el cual todo el mundo se disputa las invitaciones! ¡Vaya un sacrificio!

—Está bien, caballero: se irá.

—No olvidéis vuestra promesa. Ha sido preciso arrancárosla. ¿Qué clase de mujer sois, pues?

—Una mujer, sobre poco más ó menos, como todas las demás, aunque algunos aduladores suelen decirme que soy la mejor del mundo.

—Y tienen razón; pero os doy mi palabra de que no os comprendo. Desde hace varios años huís de los placeres; enviáis á paseo á todos los hombres, y vivís como una mujer honrada. ¿Por qué no gozáis, pues, de los privilegios que goza la virtud? Cambiad de nombre; retiraos á provincias, y viviréis tranquila y respetada.

—Ya lo he ensayado (dijo Leona); pero al cabo de quince días me cansé, y al mes me fué insostenible aquella vida. Mi sangre hervía, mi cabeza estaba en brasas: necesitaba volver á París, á mi París. Al principio resistí; pero la fiebre me invadía más y más; mi fuerza de voluntad se perdía continuamente en luchas impotentes, y una mañana me encontré aquí, sin saber cómo había venido: sabedlo bien, mi querido amigo; es casi imposible romper con sus costumbres, dominar sus pasiones y pasar súbitamente del vicio á la honradez. Una mujer puede ser virtuosa; pero es necesario para ello que lo haya sido siempre. No creo en las transformaciones de las pecadoras en santas. Muchas ensayan, pero todas sucumben al cabo de más ó menos

tiempo. No se ha encontrado jamás más que una Magdalena arrepentida, la del Evangelio, y fué una cosa tan extraordinaria, que la canonizaron.... Mi discurso hace que os retiréis,—añadió Leona, viendo á Desobry levantarse.

—No, al contrario; escuchándoos permanecería aquí hasta mañana....; pero han llamado, y.... no quisiera ser indiscreto.

—No es mala la disculpa...: hasta la vista. Mañana nos veremos en el baile de Palmira, puesto que lo exigís; pero no os olvidéis de llevarme las noticias que os he pedido.

—No tengáis cuidado, que no me olvidaré.

Cuando Desobry partió, Lucía Aubré llamó á su doncella.

—¿Quién acaba de llamar?

—Un demandadero, que ha traído un paquete para la señora.

—Dádmelo.

La doncella volvió al poco con una gran caja de cartón, que Leona abrió inmediatamente. La caja contenía una magnífica muñeca envuelta en sus preciosos atavíos. En uno de los rincones de la caja vió una carta: rompió su sobre, y leyó:

«¿Por qué os ocultáis de vuestros amigos? ¡Tendrían tanto placer en tenerla á *ella* un poco de la afección que sienten por vos! Pero tenéis,

sin duda, motivos para ser misteriosa. Yo los respeto, y sabré guardar el secreto si así lo deseáis. Os envió esa muñeca para la niña; ofrédsela de parte de un amigo.

»Vuestro apasionado,

»EL CONDE DE ORCHAMPS.»

—¡Oh! (exclamó Leona.) ¡Mi secreto está en manos de ese hombre!

Y cayó anonadada sobre una butaca.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1074 1525 MONTERREY, MEXICO